

EL PNP Y LA HISTORIA PUERTORRIQUEÑA

Por:

Arturo Morales Carrión

En su empeño de alcanzar la estadidad, de hacerla no sólo una realidad constitucional sino una realidad cultural y psicológica, el PNP ha desarrollado una deformada visión de nuestra historia. Si celebramos los 450 años de la fundación de San Juan, lo que hay que resaltar como consigna propagandística es que se trata de la ciudad más antigua de los Estados Unidos. Y dentro de esa corriente propagandística, a la Fortaleza hay que verla como monumento nacional norteamericano, certificarla formalmente como tal y ponerla bajo cierta tutela federal.

Lo curioso del caso es que nadie en los Estados Unidos nos pide que hagamos esto. Es sencillamente una actitud del PNP que tiene un entronque lejano con aquel interés de "americanizar" a troche y moche que caracterizó a la casta burocrática norteamericana de comienzos de siglo y que tuvo su más firme sostén en el Partido Republicano. La casta burocrática de los Allen y los Hunt hace tiempo que desapareció del Palacio de Santa Catalina. Pero aquella manía que logró tan ardiente respaldo del Partido Republicano ha sido revivida. Hay que volver a "americanizar" aunque ahora se predique dentro del embrollado y burundanguísimo concepto de la "estadidad jíbara".

En todo esto hay un deseo deliberado de jugar superficialmente con contenidos históricos a fin de inflar una pasión política. Para entendernos con los

Estados Unidos, no tenemos que meternos desde 1521 dentro de su historia. No tenemos que sacrificar el carácter modesto pero singular, de perfil tan propio, dentro de sus perplejidades, adversidades y afirmaciones, del proceso histórico puertorriqueño. Por cuatro siglos, ese proceso recibió un definitivo y plasmador impulso de la órbita hispano-antillana. En la formación social, en las instituciones, la lengua, la religión, el folklore, y más que todo en la sensibilidad, resultamos ser un pueblo antillano que ya, en 1898, poblaba densamente la isla. El remolino de ese año trajo profundos cambios, pero no destruyó aquí una voluntad de supervivencia.

La llegada de los Estados Unidos no canceló la historia anterior ni la redujo a un mero capítulo, a un diminuto apéndice de la historia norteamericana. Lo importante de la ciudad de San Juan, señores del PNP, no estriba en que sea la ciudad más antigua de unos Estados Unidos que en 1521 ni como realidad colonial existían. Estriba en que fue uno de los primeros núcleos de la colonización hispánica, y por tanto, europea de América. Estriba en que constituye una de las ciudades más antiguas, de más claro y remoto perfil urbano, de todo el Nuevo Mundo. Y es en esa dimensión continental y hemisférica que encontramos el marco dentro del cual situarla. Aquí no comenzaron los Estados Unidos, salvo si vemos a Juan Ponce de León como uno de sus primeros desembridores. Aquí comenzaron junto a Santo Domingo, la experiencia hispánica de América, y la idea y realidad de América como tierra de intensos cruzamientos étnicos e institucionales.

Y tampoco-¡ Oh señores del PNP! -fue la Fortaleza un monumento nacional norteamericano. Cuando se erigió, no existían los Estados Unidos y su característica más notable ha sido la de constituir probablemente la sede de gobierno

en más continuo e ininterrumpido uso en la historia toda del Hemisferio. Para nosotros, aquí en la isla, ha sido el símbolo activo de la morada del poder ejecutivo. Y en el 1952, adquirió el significado profundo de constituirse, por voluntad popular, en la sede de un gobierno de puertorriqueños, elegido por puertorriqueños para puertorriqueños. Si hay que cuidarla, cuidémosla nosotros y traigamos los mejores técnicos de conservación de Estados Unidos, Hispano América o España para que nos asesoren. Pero cuidemos no sólo su fachada, sus murallones, sus almenas y sus jardines. Cuidemos, sobre todo, con esmero lo que tiene de símbolo de una fortaleza de poder político reconquistado. Subrayemos lo que representa como casa del poder del pueblo. Y no adulteremos, en aras de un anheloso asimilismo, ni su historia ni su significación. Los Estados Unidos nos respetarán más en la medida en que mantengamos, sin alharacas ni estridencias, nuestra identidad de pueblo. Y para mantener esa identidad - ¡Oh señores del PNP! - hay que mantener y respetar la singular identidad de nuestra historia.